

SETTIS, S., *Camposanto monumentale di Pisa. Le antichità*, Pisa, Edizioni Pannini, s. a., 332 p., 4 planos despleables. El primer volumen de esta obra apareció en 1977. Cuidó del mismo P. E. Arias, E. Gabba y E. Cristiani.

El primer volumen comprendía la conspicua serie de sarcófagos, que han hecho famoso y familiar el monumento entre los arqueólogos, y unas pocas piezas más que, como aquéllos, podían ser consideradas inamovibles. Sin embargo no eran éstas las únicas, aunque sí las más conocidas, obras antiguas expuestas en el Camposanto. Este posee, junto a la inevitable colección etrusca, una, no rara en Italia, colección egiptológica que atestigua una vez más, aunque se olvide con demasiada frecuencia, el destacado papel de los investigadores italianos en el campo de la egiptología. También hay, generalmente tras su reutilización en el Duomo, fragmentos arquitectónicos romanos, probablemente procedentes en su mayoría de Roma, como se advierte en el caso de un fragmento del friso de la *Basilica Neptuni*, en Campo Marzio, y una serie de retratos y estatuas, donde se mezclan materiales de Roma con otros de Pisa, un material, en suma, que ha justificado la organización museística que se ha desarrollado en los locales de l'Opera Primaziale Pisana.

El Camposanto es, como señaló Bianchi-Bandinelli, monumento y testigo de una cultura y del modo en que ésta ha sido subvalorada por gentes pertenecientes a otras culturas. El afán de Lasinio de hacer de éste un museo más, con sus colecciones egipcias y etruscas, entra en la concepción "pedagógica" del museo válida en su tiempo pero que ha dejado de serlo de igual modo que, pronto, dejarán de serlo las actuales en lo que tengan de banalizador y anecdótico.

Los relieves y los pocos, ejemplares de escultura egipcia en bulto redondo no carecen de interés pero éste se difumina, como en el caso de la serie etrusca, al insertarse en un ambiente que le es ajeno.

Lo mismo pudiera decirse, si el Camposanto se juzgara únicamente, como una colección de sarcófagos, de los materiales arquitectónicos. Ahora bien, éstos son un testimonio más de la cultura que dio lugar a su reunión. No parece lícito tratar de la crátera neo-ática sin tener en cuenta la columna de pórfido que, con estudiado cromatismo, le sirviera de pedestal hasta fines del siglo XVI. Lo mismo puede decirse de la serie de retratos y copias de esculturas griegas que, en parte, pueden atribuirse a la Pisa romana, o la serie de aras, urnas y fragmentos de sarcófago.

No faltan en el Camposanto, en el marco de las adquisiciones modernas, las "imitaciones de lo antiguo", de anotar una serie de relieves-placa renascimentales, análogos a los de Barcelona.

Este libro resulta, pese al contraste de colecciones con respecto al primer volumen, de especial utilidad singularmente en el estudio del, demasiado olvidado, aspecto de la escultura arquitectónica, soffitos, capiteles, el Camposanto posee una magnífica colección.—ALBERTO BALIL.

LONGWORTH, Ian, CHERRY, John (eds.), *Archaeology in Britain since 1945*, Londres, British Museum Publications, 1986, 4.º, 248 p., 133 figs.

La publicación de este libro coincide con la exposición, "Archaeology in Britain. New Views of the Past" (British Museum, julio 1986-febrero 1987). Como el visitante de la exposición puede adquirirlo con un agradable descuento podría creerse que es una guía, concretamente una ampliación de la pequeña guía que se vende en la misma. En realidad no hay tal. Si hubiera que establecer una relación sería distinta. El libro es muy útil para ser leído antes, o

después, de la exposición, para prepararse o para recordar. El montaje de la exposición, que me temo mucho que nunca será trasladada a España, tiene una riqueza de medios visuales y expresivos, por ejemplo, el vídeo "Hadrian Wall", y materiales que impresionan por sí solos, como el hombre de la turbera de Lindow Moss ("The bog man") que no requiere muchas explicaciones.

Exposición y libro son cosas distintas con un nexo conceptual, la nueva perspectiva de la arqueología británica desde una fecha significativa en el Reino Unido, 1945. En este sentido hay que recordar cómo KENDRICK y HAWKES adoptaron una fecha no menos significativa en su *Archaeology in England and Wales 1914-1931*, 1932.

A un lector español de mi generación puede extrañarle esta laguna 1931-1945, los años de Maiden Castle al tesoro de Middenhall pasando por el barco de Sutton Hoo, y en cierto modo son los años en que se forjó la herramienta que hizo posible el cambio. Que este cambio estuviera ya en la mente de todos lo demuestra, como recuerda en la introducción el actual director del British Museum, sir David Wilson, como, apenas concluida la guerra, ya fue posible reunir casi trescientos arqueólogos para establecer los planes de futuro y que ello daría lugar a la creación del Council for British Archaeology que ya enunciaría sus planes y premienas en 1948 (*Survey and Policy of Field Research in the Archaeology of Great Britain*, I, 1948). Esta planificación fue efectiva en cuanto se multiplicaron por cuatro los departamentos universitarios de Arqueología —menos "apostólicos" pero más numerosos que los españoles—, se incrementaron las iniciativas privadas, como British Heritage y, pese a todos los problemas presupuestarios, la ayuda oficial para 1986-87 representa el 800 por 100 de la suma disponible en 1950.

Cierto es que en todas partes cuecen habas, pero en el Reino Unido se cuecen de modo diferente, mucho más si agua, habas y lumbre se pagan con fondos públicos. Tampoco el Reino Unido está libre de plagas de "aficionados a la detección magnética" pero un juez británico sabe hallar en un concepto medieval como el "Treasure Trove Act" lo que el jurista hispano no sabe buscar en su recentísima "Ley del Patrimonio". Operaciones como "Rescue" consiguen la colaboración de las empresas constructoras sin necesidad de mandamientos judiciales y el concepto de "urgencia" en la excavación se extiende a la publicación de la misma. En pocos años se ha conseguido en las terrazas del curso alto del Támesis lo que nunca hemos conseguido, aparte darlas por perdidas, en el Manzanares.

Quizás ello se deba a que la arqueología británica nunca ha sido una arqueología centralizada y que por ello no ha habido roces de competencias ministeriales, de museos y Universidades, de Gobiernos regionales y Gobierno de Westminster, hasta el extremo que dos meses después de la inauguración de la exposición del British Museum el London Museum ha ofrecido una equivalente, "Capital Gains!". Ha habido, como apuntaba sir Mortimer Wheeler, competitividad pero no competencia, sentido de calidad y no de acumulación o, si lo hubo, concluyó con la "belle époque" eduardiana.

El texto comprende en sus diferentes capítulos un amplio espacio de tiempo. Para algunos tardo-hispano-cultores de una supuesta "Nueva Arqueología" las calificaciones de p. 15 s., les producirán un efecto de ducha escocesa al encontrarse que su "arqueología moderna" y los "jóvenes arqueólogos" no pasan de ser una faceta más de los "alegres 60" ante una, quizás, "arqueología postmoderna" y que los "absolute beginners" de la "New Archaeology" no han resistido a la crítica de los "años de penitencia" de la crisis energética.

Fundamentalmente se llevan la parte del león de este volumen la Prehistoria, con referencias a Escocia e Irlanda en el caso del Neolítico, centrada especialmente en las etapas post-paleolíticas, y el período anglosajón. "Tecnología, ciudades, castillos e iglesias, 1100-1600", y la "Vida rural medieval" constituyen la parte más extensa del libro. De hecho se concluye con los castillos Tudor como respuesta al uso de la artillería pero esto es un aspecto ocasional. Arqueología medieval o postmedieval, el hecho es que cuanto se nos ofrece aquí dista mucho

de la "Arqueología necropolítana" que empieza a caracterizar las páginas de ciertas colecciones de revistas. Aquí, en el caso de Britania, sí se puede hablar de una arqueología medieval, pero en el caso de otros países, entre los que nos tenemos que incluir, *volentes seu nolentes*, no pasamos aún de la excavación en yacimientos que corresponden a la Edad Media. Aquí vemos no sólo excavaciones en monasterios, sino también de molinos, hornos de vidrio, casas de Aberdeen, "mottes" varias, poblados y aldeas, pero muy poco de aquellas "postrimerías del hombre" a las que, entre nosotros, parece reducirse una parte considerable del trabajo de campo en yacimientos de la Edad Media.

No alcanzan a cuarenta páginas las dedicadas a la arqueología romano-británica. En buena parte es una arqueología militar, si se quiere una arqueología del ejército romano en Britania, pero tampoco escasean las novedades, por ejemplo, la fase de ocupación entre Agrícola y el *vallum Hadriani*, la "línea del Tyne" y, en especial, esta extraordinaria novedad que fue, en su día, Vindolanda y sus tabletas de madera procedentes, en su mayoría, de los archivos del ejército. Hay que preguntarse hasta qué extremo el caso Vindolanda no pudiera repetirse en el Rhin o en Galicia y casi predicar un *memento Vindolanda!* entre quienes excaven esta zona.

Para ciertas personas pueden ser más novedosos los escondrijos de orfebrerías tardorromanas como el de Water Newton, aunque cubran la misma época otros como el de Middenhall... Es interesante el "apogeo y caída" de una arqueología cuya trayectoria intentó discurrir por vías opuestas a las de la tradición literaria, tan grata aún entre nosotros en alguna que otra "memoria de concurso"—ya el príncipe de Lampedusa nos mostraba cómo era necesario cambiar todo para que todo siguiera igual—y este principio puede dar lugar a cambios aparentemente copernicanos si tiene, especialmente si tiene únicamente, una apoyatura semántica. Tampoco es ya una arqueología que espera los cambios en las "invasiones", aunque tampoco sea una "arqueología de la continuidad". "Romano y nativo", como en un trabajo de sir Ian Richmond, constituyen hoy un foco de interés, casi inexistente en la arqueología británica "georgiana" del siglo xx.

No es, en mi opinión, éste un libro para estar al día "poniéndose al corriente" de un último hallazgo más o menos novedoso, o reiterativo. "Ayer, hoy y mañana" están presentes, y es aleccionador ver cómo ya es "ayer" en el Reino Unido lo que ahora se nos presenta como "futuro", fenómeno al que no es ajena la política editorial reinante. Es un libro que enseña y sugiere, es de aquellos escasos libros, en un universo de catálogos y diarios de excavaciones, que "hace pensar" y en el que podrían buscarse más "modelos" de los que pretendía en su mayor *hybris* algún que otro neófito de la "Nueva Arqueología".—ALBERTO BALIL.

*Studies in Latin Literature and Roman History* IV. Edited by DEROUX, C., Bruxelles, 1986. 550 p. (Collection Latomus, Volume 196).

En la línea de los otros tres anteriores volúmenes se ofrece en este cuarto una serie de contribuciones en inglés entre las que hay que señalar por afectar al dominio de la arqueología las siguientes: El brillante artículo de Deroux (pp. 247-258) en el que ha puesto en relación la poesía de Catulo con la pintura pompeyana y los vasos griegos; la interesante contribución por Mackie (pp. 302-340), en la que para explicar el mito romano de la *res publica restituta* ha aducido la evidencia numismática. Breve, pero sumamente interesante es la nota de McHugh (pp. 341-344), en la que el autor ha basado en testimonios arqueológicos su investigación sobre las primeras alusiones en la literatura latina a los remotos *Seres*, las cuales aparecen en los poetas de la época de Augusto. Warmington (pp. 451-460) se ha ocupado de las posibles conexiones entre Eusebio de Cesárea y Virgilio a propósito de una ceremonia imperial iluminando sus puntos de vista con documentos arqueológicos. Hay pues que dar la bien-